



La masculinidad en el proceso de niño a adulto como experiencia liminal permanente

The masculinity in the process from child to adult as permanent liminal experience

Alejandro Sánchez-Sicilia

Homes Igualaris (Ahige-Catalunya), Universitat Autònoma de Barcelona

Pedro Uribe Roncallo

Fundación Ilusión Viril, Universitat de Barcelona

Resumen

Las experiencias liminales tienen lugar durante situaciones significativas de transición, paso o disrupción donde, lo que hasta entonces era dado por sentado, queda en suspensión. En este trabajo, hemos re analizado y re articulado la experiencia de diecinueve varones durante su adolescencia (Uribe, 2018), centrándonos en las expresiones y marcadores socio-psico-orgánico-físicos que hacen referencia a los fenómenos de la adolescencia y la masculinidad como experiencias liminales. Del análisis concluimos que la masculinidad es vivida como una experiencia liminal que se inicia, influye y disemina sus mandatos patriarcales en la etapa adolescente, subvierte el proceso de transición de la niñez a la adultez, y hace emerger un proceso liminal permanente que trasciende el paso no sólo de niño a adulto, sino de niño a hombre, hacia una experiencia eternizada en la cual se es hombre y no hombre al mismo tiempo, debiendo poner a prueba su virilidad de manera constante.

Palabras clave: **Liminalidad; Género; Adolescencia; Virilidad**

Abstract

Liminal experiences take place during significant transition, passage and disruption situations in which what was previously taken for granted enters into a stage of suspension. In this work, we have reanalysed and rearticulated the experience of nineteen men during their adolescence stage (Uribe, 2018). We focused on socio-psycho-organic-physical expressions and markers that allude to adolescence and masculinity phenomenon as liminal experiences. From the analysis, we concluded that masculinity is developed as a liminal experience, which initiates, influences and disseminates its patriarchal mandates in adolescence stage, and subverts the transition process from childhood to adulthood. Further, masculinity makes possible the emergence of a permanent liminal process, which not only transcends the passage from being a child to be an adult, but also from being a boy to be a man. This opens an eternal experience in which you are simultaneously a man and a no-man, having to constantly test your virility.

Keywords: **Liminality; Gender; Adolescence; Virility**

INTRODUCCIÓN

El trabajo que aquí presentamos se centra en el estudio de la experiencia masculina en la etapa adolescente, la cual es analizada a través de los estudios del fenómeno de la liminalidad y las masculinidades con un enfoque de género. Para ello, partimos de una doble consideración: La etapa adolescente es un proceso de transición entre la niñez y la adultez y por tanto una experiencia liminal. La masculinidad, en cuanto construcción de género, es vivida como una experiencia liminal que influye en la etapa adolescente diseminando sus mandatos patriarcales en ella. Es decir, tales mandatos se viven como imperativos de género que orientan y regulan las vivencias de niños y adolescentes, ya que todo varón que se identifique como tal los debe cumplir.

Cuando hablamos de liminalidad, la historia nos remite a quien hizo referencia al significado del término por primera vez, Arnold Van Gennep (1909/1961), quien definió los ritos de paso como tránsitos que acompañan cada cambio de lugar, estado y posición social, los cuales se componen de tres fases: separación (*Preliminal*), margen (*Liminal*) y agregación (*Postliminal*). De este modo, definió el estado liminal como una fase temporal de transición en la cual las personas se embarcan, mientras se mueven entre diversidad de estados, posiciones o identidades. En ocasiones, la fase liminal adquiere una cierta autonomía, en el sentido en el que las fases de separación y agregación pueden prolongarse antes de consolidarse.

George H. Mead (1932/1980) hizo referencia al fenómeno de la liminalidad mediante el término *Sociality* para describir la fase de ajuste durante el paso desde un sistema que queda en el pasado hacia un sistema en proceso de formación; *Sociality* como la capacidad de ser varias cosas al mismo tiempo. Mead (1932/1980) comprende este término como un paso entre al menos dos sistemas sociales diferentes, prestando atención al evento que se está transformando antes de que se consolide un nuevo orden.

Para Víctor Turner (1969), una persona en liminalidad debe ser una *tabula rasa* sobre la cual se inscribe el conocimiento y sabiduría del grupo que pertenece al nuevo estatus. Turner (1969) hace hincapié sobre los rituales de elevación de estatus, es decir, el paso de una posición social menor a una mayor, siendo rituales normalmente asociados a crisis de vida. En resumen, Paul Stenner (2017) define las experiencias liminales como experiencias que tienen lugar durante situaciones significativas de transición, paso o disrupción. A lo cual añade que los humanos experimentamos esta liminalidad cuando las formas de proceso – (socio-psico-orgánico-físico) que normalmente sustentan, permiten y componen nuestras vidas– por alguna razón quedan trastornadas, interrumpidas, transformadas o en suspensión.

Árpád Szokolczai (2000) acuña el término liminalidad permanente, al referirse a un evento que se produce cuando lo que hasta entonces era considerado normal y dado por sentado en nuestra vida queda temporalmente suspendido y se vuelve permanente, como si nunca terminase, generando incluso sentido de irrealidad en el día a día. Como apunta el mismo Szokolczai (2017), el valor de la liminalidad permanente es fundamentalmente negativo, lleva al desastre a las partes envueltas, consume sus fuerzas, persistiendo hasta cuando sus recursos están exhaustos. Bajo esta situación nadie puede realmente ganar, ya que el cambio de lo dado por sentado hasta entonces se produce de forma acelerada y cualquier intento por convertirlo en algo estable y acomodarse a esta nueva situación se torna imposible (Szokolczai, 2017). El fenómeno liminal se caracteriza por una marcada incertidumbre, ambivalencia y tensión en el cual la persona *queda suspendida* en el limbo entre no estar y estar aún en la fase de transición, y a este suceso se le denomina *liminal hotspot* (Stenner et al., 2017), y se caracteriza porque no hace referencia a un objeto observable, es un suceso no una cosa, un evento en lugar de una entidad; y por las dinámicas de paradoja, parálisis y polarización que intensifican un potencial patrón de cambio.

Tal como “no se nace mujer, se llega a serlo” según Simone De Beauvoir (1949), esta premisa también aplicaría para las identidades masculinas. Entenderemos por masculinidad en palabras de Oscar Guasch (2006):

Una forma que adopta el género y el género es una estructura social, orden simbólico y práctica social. Es una variable universal de estratificación social que regula roles y el acceso y la distribución a los recursos, pero que cambia en el espacio/tiempo y que puede ofrecer más de dos identidades. (Guasch, 2006, p. 15)

Por su parte, Raewyn Connell (1995, p. 2) refiere que el concepto es inherentemente relacional. La masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad, la masculinidad no es un objeto coherente acerca del cual se pueda producir una ciencia generalizadora. Es decir, las masculinidades serían un constructo basado en normas culturales, contextuales y sociales, que se sustenta en unas prácticas y roles diferenciados, que organizan y califican una masculinidad como modelo deseable y hegemónico, en detrimento de otros modelos alternativos. Con hegemonía entenderemos la posición de poder que ocupan unas masculinidades dentro de una pirámide por sobre otras. Es decir, quienes están en la cima, según Connell (1995), mantienen su poder a costa del sometimiento y opresión de los demás. Cuando hablamos de la hegemonía, hay que entender que la masculinidad tradicional que se ha instalado como modelo deseable ha cumplido un rol clave en el mantenimiento del orden de género dominante por

tener un alto grado de sexismo. Es decir, esta masculinidad hegemónica es sexista en cuanto perpetúa un “conjunto de creencias sobre los roles, características, comportamientos... considerados como apropiados para hombres y mujeres, así como de creencias acerca de las relaciones que los miembros de ambos grupos deben mantener entre sí” (Moya, 2004, p. 274). Teniendo en cuenta este fenómeno de supremacía masculina sobre las mujeres y también sobre lo femenino, el sexismo no sólo es sufrido por las mujeres, sino también por los hombres a los que se les exige virilidad y heterosexualidad (López-Sáez et al., 2019).

Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y falta de poder. Por el hecho de ser hombres, disfrutan de poder social y privilegios, pero la manera en la que hemos armado este mundo causa dolor, aislamiento y alienación, tanto a mujeres como a hombres (Brod y Kaufman, 1994). En palabras de Jokín Azpiazu (2017), quien es un hombre y encarna una masculinidad hegemónica deberá, de diferentes maneras en diferentes contextos, demostrar su posición como hombre y luchar para que no le sea arrebatada. Pierre Bourdieu (1998, p. 71), en su libro *La dominación masculina*, se adentra en este fenómeno y se centra en la relación entre el poder y la virilidad, señalando que “es eminentemente relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de miedo hacia lo femenino, y en primer lugar en sí mismo”. Por su parte, para Luis Bonino (1998), la masculinidad se basaría en imperativos o mandatos de género que todo hombre debería cumplir. Esto significa que, así como la virilidad debe demostrarse, los varones deberán hacer esfuerzos constantes y permanentes para demostrar qué “tan hombres” son a través de la fuerza física, las conquistas sexuales, actos temerarios y una serie de ritos que no están presentes únicamente durante la adolescencia sino a lo largo de toda la vida. María Jesús Izquierdo (2007, p. 3) dice que “ser *hombre* no sólo reporta beneficios, sino que cuesta”. Ante esto, Bonino (1998, p. 13) refiere que hay que dar “un paso más allá: no sólo adentrarnos en las problemáticas de la masculinidad, sino también poder pensar la masculinidad (tal como es definida actualmente) como problemática”.

METODOLOGÍA

Este estudio explora, reanaliza y rearticula –bajo la lupa del fenómeno de la liminalidad– cualitativamente las entrevistas del trabajo *Masculinidades alternativas: Aproximación biográfica-narrativa para comprender la construcción de una masculinidad alternativa al modelo hegemónico y la promoción de valores igualitarios en varones*, antes mencionado de Pedro Uribe (2018). A través de un método descriptivo-comprensivo y una perspectiva narrativa-biográfica, es-

tudió las experiencias de varones que habían construido una masculinidad no hegemónica o alternativa a lo largo de sus vidas. La muestra estuvo compuesta por 19 varones, quienes comparten las siguientes características: se identifican con el género masculino, son adultos y viven en Barcelona. Son de diferentes edades (la amplia mayoría entre los 25 y 35 años), orientación sexual (aunque en su mayoría heterosexuales) y nacionalidad (aunque mayormente españoles). Uribe (2018) seleccionó hombres abiertamente en contra de la violencia sexista y que estuvieran al menos en un mínimo grado sensibilizados en relación al reconocimiento de la opresión ejercida por el sistema patriarcal, más allá de sus niveles de activismo o implicación en una asociación o institución particular. Estos 19 hombres fueron entrevistados sobre una amplia variedad de dimensiones y variables.

En el trabajo que aquí presentamos, hemos seleccionado los extractos de las entrevistas que responden a las dimensiones y variables relacionadas con la etapa adolescente —al tratarse de un proceso liminal reconocido (Van Gennep, 1909/1961) y dado que los adolescentes tienden a no registrar, a no interpretar coherentemente los aspectos restrictivos de los mandatos de género (Cacace, 2006)—, en la cual los órdenes afectivos y la experiencia de dichos órdenes constituyen el fenómeno que aquí estamos estudiando como una experiencia liminal. Para ello, nos centramos en el análisis de los aspectos socio-psico-orgánicos-físicos de las experiencias liminales (Stenner, 2017) como marcadores de la masculinidad que se manifiestan en la etapa de cambio con la intención de confirmar la separación de la etapa *preliminal* (niño) hacia la agregación de la etapa *postliminal* (adulto/hombre), y en las expresiones lingüísticas que se emplean y nos permiten comprender el proceso que estamos estudiando como una experiencia vivida de manera liminal.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Del análisis se desprende que durante la etapa liminal adolescente se presentan una serie de características a modo de marcadores que denotan tanto la separación de la etapa de la niñez (*preliminal*), como el haber alcanzado el estado de agregación (*postliminal*), la adultez. Estas características definitorias refieren a aspectos de la masculinidad, y actúan a modo de *ritos de iniciación* (Goffman, 1961), que motivan la emergencia de una nueva comprensión socio-cultural del mundo que les rodea que hasta entonces permanecía latente (Nissen y Sørensen, 2017), en una etapa adolescente donde aparecen con más fuerza que nunca, donde “los/as adolescentes son los/as más susceptibles a demostraciones de la virilidad y feminidad, ya que se encuentran en un periodo vital en el que se ven impelidos de afirmarse como adultos” (Espada, 2004, p. 7).

De la identificación de estas características en los extractos seleccionados emerge el eje fundamental que sostiene y da sentido a las categorías que se presentan, la construcción de la masculinidad como un fenómeno de liminalidad pública (Thomassen, 2012, p. 693; Turner, 1988) que se adquiere a través de una serie de demostraciones a ser validadas en el espacio público. Este eje se compone de tres categorías principales: Sexualidad, Cuerpo y Actividad; y de ellas se desprenden subcategorías que hacen referencia a fenómenos como la masturbación y las relaciones sexuales; la aparición de vello corporal, el crecimiento del pene, el ensanchamiento corporal, el cambio en la adopción de la postura y el agravamiento de la voz; la práctica deportiva (fútbol), el consumo de tabaco, la ingesta de alcohol y la realización de episodios violentos entre otros. Asimismo, recogemos de manera transversal los aspectos emocionales y afectivos que se derivan del fenómeno estudiado.

A continuación, presentaremos cada categoría, las referencias textuales que las constituyen y el análisis acompañado de la teoría que respalda las interpretaciones realizadas.

Sexualidad

La actividad sexual constituye un aspecto fundamental en la construcción de la masculinidad, pero solo aquellas actividades que se presentan en el espacio público pueden ser validadas por el grupo de pares, quienes actúan como agentes de la masculinidad, acreditando o no lo que sería “un verdadero hombre”, “Se entiende que, desde esa perspectiva, que vincula sexualidad y poder, la peor humillación para un hombre consiste en verse convertido en mujer” (Bourdieu, 1998, p. 36).

La masturbación se presenta como uno de los marcadores principales del paso niño-hombre. Marcador que se hace manifiesto en la esfera pública, como una expresión de la masculinidad que se reproduce y se certifica en el grupo de iguales. Bourdieu (1998) apunta que:

No sólo porque chicos y chicas tienen, incluso en sociedades euroamericanas actuales, unos puntos de vista muy diferentes sobre las relaciones amorosas, casi siempre pensada por los hombres en la lógica de la conquista, sino porque el mismo acto sexual es concebido por el hombre como una forma de dominación, apropiación, de “posesión” (...) los chicos son propensos a “compartimentar” la sexualidad, concebida como un acto agresivo y sobre todo físico, de conquista, orientado hacia la penetración y el orgasmo (p. 34).

Justamente en esta etapa, la genitalidad, el tamaño y la forma del pene y los actos masturbatorios se convierten en formas de medidas de competencia y

demostración de la virilidad entre los adolescentes (Uribe, 2018). Harry Brod y Michael Kaufman (1994, p. 11) refieren que esto podría producirse debido a la distancia emocional establecida por otros varones que empiezan a desarrollarse durante la adolescencia. Los hombres pueden tener pandillas, compinches, compañeros y amigos, pero rara vez alcanzan la confianza total e intimidad disfrutadas por muchas mujeres; y como resultado tenemos la siguiente paradoja: los hombres más heterosexuales (e incluso muchos gais), en la cultura dominante occidental, permanecen aislados de los otros hombres. Esta distancia se mantiene a pesar de que comparten espacios de contacto e intimidad tanto física como sexual entre pares.

Creo que **a través de la sexualidad descubrí que era hombre**. Recuerdo otra vez que, con un amigo, yo lo **masturbé a él y él a mí** y claro, **sabíamos que era algo como gay, pero ya está**. Se dio, pero ninguno de los dos iba a decir nada. Creo que todo lo relativo a lo sexual me hizo pensarme y **sentirme más hombre y menos niño**. (E1-27 años, entrevista personal, enero de 2018)

Pues con la pubertad y tal, me acuerdo vivirla entre chicos. **Muy homosexual en el sentido entre hombres. Nos masturbábamos entre nosotros**. Teníamos una sexualidad sólo entre nosotros, más allá de la fantasía. Conocí **la masturbación, la conocí a través de mis amigos**. Es decir, entre nosotros. Eran del barrio y la escuela. Había como cierta intimidad. Es decir, había como un contraste. (E16-34 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Yo tuve un amigo con el que empezamos a tener exploraciones sexuales. Nos frotábamos y jugábamos a que **uno era la mujer, el otro el hombre** (...) creo que hubo un momento donde tuve una eyaculación, me estaba masturbando, y creo que ahí entendí que ya estaba en otro plano, **en otra etapa de lo masculino**. Ahí yo corté con esta onda con mi amigo, él quería seguir y yo no y recuerdo que fue un poco el miedo a **ser un hombre que no era completamente hombre**. Tampoco me cuestioné mi sexualidad porque siempre quise una mujer, pero sentí que a esa edad ya no podía seguir haciendo esto. (E2-32 años, entrevista personal, enero de 2018)

Recuerdo que mi primer contacto con la sexualidad, me dijeron un día en el colegio: oye y ¿tú no te masturbas? Yo dije no. No tenía ni idea y entonces me lo explicaron y empecé a masturbarme. Sí, **empecé por presión grupal total**. Me señalaron todos y empecé por presión. Compartíamos las revistas pornográficas y los vídeos entre todos y empezamos también a hacer masturbaciones grupales con amigos en casa. **Cada uno sí que se tapaba un poco, con su propia intimidad**, pero yo creo que los cambios parten ahí. (E7-31 años, entrevista personal, enero de 2018)

En las referencias anteriores observamos esta doble vertiente: Por un lado, la masturbación entendida como una actividad grupal aceptada, pero con unos márgenes bien definidos entre lo que es homosexual y lo que no, que a pesar de realizar conductas sexuales que dentro del imaginario social podrían considerarse conductas homosexuales, lo emplean como un evento que potencia la masculinidad, a la vez que queda avalada por el grupo de iguales. De las referencias anteriores observamos que la masturbación y la sexualidad, se viven como marcadores que denotan el inicio del paso de la etapa *preliminal* de niño a la *postliminal* del adulto: “a través de la sexualidad descubrí que era hombre; sentirme más hombre y menos niño; en otra etapa de lo masculino”. Observamos que –aunque la sexualidad a través de la masturbación se realice como una actividad compartida en grupo o con el otro y se haga referencia a algún grado de proximidad y cercanía: “yo lo masturbé a él y él a mí; Nos masturbábamos entre nosotros; tuve un amigo con el que empezamos a tener exploraciones sexuales; empecé por presión grupal total; empezamos también a hacer masturbaciones grupales con amigos en casa”– se entrevé a la vez cierto grado de intimidad, de espacio propio: “Había como cierta intimidad”. Es decir, se presenta un contraste o paradoja:

Cada uno sí que se tapaba un poco, con su propia intimidad. (E7-31 años, entrevista personal, enero de 2018)

Evidenciando que no lo vivían como una experiencia homosexual:

Sabíamos que era algo como gay, pero ya está. (E1-27 años, entrevista personal, enero de 2018)

Muy homosexual en el sentido entre hombres. Nos masturbábamos entre nosotros. (E16-34 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Jugábamos a que uno era la mujer, el otro el hombre; él quería seguir y yo no y recuerdo que fue un poco el miedo a ser un hombre que no era completamente hombre. (E2-32 años, entrevista personal, enero de 2018)

El cual es experimentado como un espacio grupal o interpersonal donde cada uno mantiene un espacio privado y la masculinidad heterosexual quedaba bien protegida y las “reglas del juego” bien definidas. La homofobia, según Bourdieu (1998) es un mandato implícito de la masculinidad, donde la homosexualidad es percibida como una amenaza a la masculinidad y, por tanto, genera *miedo a ser un hombre que no es completamente hombre* y, por ende, cuando se habla de virilidad se rehúye el miedo a parecer o ser considerado gay (Perry, 2017). La virilidad se muestra como un asunto interno/externo que debe conseguirse a través de la realización de determinadas “pruebas” y demostrarse en el espacio público, no quedar únicamente en el espacio privado, ya que en la adolescen-

cia cobra aún más fuerza que los grupos de pares sean quienes aprueben la masculinidad y certifiquen el grado de hombría.

Para Michael Kimmel (1994) nuestra definición de la virilidad está constantemente cambiando y, por lo mismo, hay quienes luchan por reafirmarla sin tomar consciencia que también está cargada de aprendizajes culturales que cada vez se condicen menos con esta época. Él afirma que los hombres pensamos que la virilidad es eterna, una esencia sin tiempo que reside en lo profundo del corazón de todo hombre. Pensamos que la virilidad es una cosa, una cualidad que alguien tiene o no tiene. Así, la homofobia sería un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. La homofobia, más que el miedo irracional por los hombres gay, es el miedo de lo que podemos percibir como gay. De este modo, y como apunta David Leverenz y recoge Kimmel (1994), la palabra amanerado no tiene nada que ver con la experiencia homosexual o incluso con los miedos por los homosexuales.

Observamos cómo a través del mantener relaciones sexuales heterosexuales se presenta la masculinidad como algo que no solo hay que estar constantemente demostrando y que se posee, sino como algo inalcanzable que siempre se está poniendo en duda, que emocionalmente genera presión, malestar y sufrimiento. José María Espada (2004) apunta que los hombres tienden a buscar reconocimiento de otros hombres mediante prueba, por lo que la condición masculina no parece venir dada por la mera anatomía, sino que ser hombre está sujeto a demostración constante:

A mí me aterrorizaban las chicas. (E18-31 años entrevista personal, febrero de 2018)

Algunos de ellos ya se empezaron a relacionar con mujeres, claro que había varios mentirosos que inventaban historias y tenían como 13 años. Se genera una **distancia entre el ser hombre y ser niño. Tú nunca estás a la altura. Esta distancia me hacía sentir inferior y ansioso por no poder ser un par de ellos. Me sentía desplazado del grupo.** (E2-32 años, entrevista personal, enero de 2018)

Tenía una necesidad de **demostrar lo que no era.** Dije en mi adolescencia haber besado una chica con lengua sin haberlo hecho. (E5-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

Sí que me sentí de cierta manera **no tan aceptado.** No tuve relaciones sexuales de tan bien joven. (E3-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

En esa época **era el puto amo.** Ahora pienso que quizás tal vez no tocaba, pero ya fue así. En esa época **todo suma: si fumas, si follas, si los porros. Sí me sentí bastante seguro en mi adolescencia.** (E4-26 años, entrevista personal, enero de 2018)

Había una forma de ser, que tenías que estar con chicas, no tienes pareja... el tema de la virginidad y yo no podía tener pareja. Era muy delgado, nada de barba (...) Era un **bucle de presión social muy frustrante y limitante** y al final eso se transformó en una **carrera para perder la virginidad** a la menor edad posible. Ahí **me liberé** (...) Fue cómo por fin, al fin **me he quitado esta espinita de encima**. (E13-24 años, entrevista personal, febrero de 2018)

El constante empleo de expresiones que nos remiten a un lenguaje más propio de acceso a un club y organización —*demostrar, aceptado, a la altura, desplazado*— nos muestra cómo viven la masculinidad y la hombría como tal, como algo que requiere la aprobación exterior, como algo dado. De poco vale mantener relaciones sexuales y dejarlo en la intimidad. Las hazañas sexuales se exponen y comparten en el grupo de iguales que actúan como miembros del club validando o no tu entrada. Así, la virilidad es sólo posible para una minoría particular y la definición ha sido construida para evitar que los otros la logren. En el caso de la cultura norteamericana y sus propios “enemigos”, estos mismos grupos que han sido representados como menos varoniles, fueron frecuentemente también, y en forma simultánea, representados como hipermasculinos, como sexualmente agresivos, como insaciables bestias rapaces, contra quienes los hombres civilizados deben tomar una posición firme y, en consecuencia, rescatar a la civilización (Kimmel, 1994, p. 14). Al igual que se observa en el trabajo de Jette Kofoed y Paul Stenner (2017), este evento genera una marcada ambivalencia afectiva derivada de un constante proceso de inclusión/exclusión que se extiende en el tiempo y se amplifica por una serie de episodios que en nuestro caso son aquellos marcadores que en este trabajo se analizan.

Asimismo, se manifiesta una relación de poder desigual entre aquellos que mantienen relaciones sexuales y aquellos que no, viviendo el paso de niño a hombre como un ritual de elevación de estatus propio de un fenómeno liminal (Turner, 1969); paso que *libera, separa*, como diría Van Gennep (1909/1961) de la fase *preliminal* (niño) donde se produce el paso de una posición social menor a una mayor, en este caso de niño a adulto o de “no hombre a hombre”. Como apunta Turner (1969), una persona experimentando un evento liminal debe ser una *tabula rasa* sobre la cual se inscribe el conocimiento y sabiduría del grupo que pertenece al nuevo estatus, una tabula rasa donde se extrae todo lo previamente dado por sentado (Szokolczai, 2009). En nuestro caso, esto se traduce en cómo el niño se ve desprovisto de modelos y se le da un significado simbólico al ser varón de modo arbitrario, viendo cómo repentinamente su entorno social le exige múltiples maneras de remarcar una masculinidad tradicional y la hombría vinculada a una sexualidad activa e insaciable.

Respecto a las demostraciones de valor para ser (auto)reconocido como “hombre” y el nuevo estatus que esto brinda, vemos a través de los relatos de estos varones que tal posición produce un costo a nivel subjetivo y conlleva una serie de emociones que se traducen en malestar, frustración e inseguridad:

Tú nunca estás a la altura. Esta distancia me hacía sentir inferior y ansioso por no poder ser un par de ellos. Me sentía desplazado del grupo. (E2-32 años, entrevista personal, enero de 2018)

Tenía una necesidad de demostrar lo que no era. (E5-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

Sí que me sentí de cierta manera no tan aceptado. (E3-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

Era un bucle de presión social muy frustrante y limitante. (E13-24 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Y alguna aparentemente positiva, asociada al cumplimiento de las características definitorias de la masculinidad tradicional:

En esa época era el puto amo, Sí me sentí bastante seguro en mi adolescencia. (E4-26 años, entrevista personal, enero de 2018)

En estas afirmaciones, se observa que existe una carga emocional vivida por estos hombres debido a la conexión que existe entre las situaciones liminales y los afectos. Según Mónica Greco y Paul Stenner (2017), durante el evento liminal existe una tendencia a experimentar ambigüedad, conflicto, o variabilidad de emociones y, de este modo, la persona a la cual se le presenta este evento liminal es propensa a verse afectada emocionalmente mientras la transformación se encuentra aún en un estado de fluctuación, indeterminación y suspensión. A partir de este análisis, vemos cómo se cruza el constructo masculinidad propia o encarnada con el fenómeno de liminalidad permanente, dado que, como apunta Szokolczai (2000), lo considerado normal hasta entonces queda suspendido temporalmente y se vuelve permanente, como si nunca terminase. De este modo, a partir de lo referido por Szokolczai (2017), el valor de la liminalidad permanente es fundamentalmente negativo, una situación en la que nadie puede ganar, donde convertirla en estable y acomodarse a esta nueva situación se vuelve imposible, y es por ello que hay que estar constantemente *demonstrando lo que no se es*, realizando pruebas de valor y exponiéndose públicamente para que sean validadas y obtener el título así de “verdadero hombre”.

Actividad

Como hemos observado, la reafirmación de la masculinidad se lleva a cabo como un acontecimiento de liminalidad pública (Thomassen, 2012, p. 693; Turner, 1988) a través de la realización de ciertas actividades y la adquisición de ciertos hábitos. En este apartado se hace referencia al fútbol, consumo de tabaco, alcohol, uso de la fuerza y el ejercicio de la violencia entre otros como marcadores sociales de la masculinidad tradicional. Dicen Brod y Kaufman (1994, p. 4) que se usa el terror como medio para establecer las fronteras y de hacer exclusiones, por ejemplo, en la violencia heterosexual contra hombres homosexuales. La violencia puede llegar a ser una manera de exigir o afirmar la masculinidad en luchas de grupo. En las referencias que aquí se presentan, podemos observar cómo la realización de estas actividades y hábitos conllevan *reconocimiento, reafirmación y aceptación* por parte de los otros (y de uno mismo) de que se es *un machote*. Estos marcadores socio-psicológicos de la masculinidad comienzan en la etapa de la pubertad y adolescencia, pero no concluyen con ella. Brod y Kaufman (1994, p. 10) señalan que nuestra alienación aumenta la solitaria búsqueda del poder y enfatiza nuestra convicción de que el poder requiere la capacidad de ser distante.

Estos marcadores socio-psicológicos comienzan en la adolescencia por mandato patriarcal, y se mantienen activos, en estado de reafirmación ininterrumpido, *todo el tiempo*. Se establece una competición, una presión constante por demostrar en todo momento al resto y a uno mismo que se es hombre:

La reafirmaba todo el tiempo; mayor reafirmación; reconocimiento a través de esa violencia; me cansé de tener que reafirmar. (E16-34 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Hacerte el machote, el hombre; se decía que eras más hombre; competía por quien era más hábil, más fuerte. (E17-27 años, entrevista personal, febrero de 2018).

Todo suma: si fumas, los porros. (E4-26 años, entrevista personal, enero de 2018)

Necesitaba aceptación social; la gente esperaba algo de mí; destacar de alguna manera, no podía ser menos; me ha hecho mucho daño; yo no quería encajar, yo quería destacar. (E5-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

El carácter permanente de estos marcadores socio-psicológicos nos refiere a una etapa de la masculinidad que, más que etapa/estado, se consolida como rasgo inalcanzable y sujeto a la superación de una serie de pruebas de por vida. Es por ello que consideramos que la construcción de la masculinidad es vivida como un fenómeno de liminalidad permanente.

En el **fútbol** encontré un espacio donde yo me sentía **aceptado** y sentía ganas de jugar con ellos. (E18-31 años, entrevista personal, febrero de 2018)

En el fútbol no era malo. Me hacía sentir **aceptado** porque veía a mi **padre orgulloso**. (E15-25 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Yo nunca jugué al fútbol. Era algo que no compartía con ellos y no se metían con mi masculinidad porque yo **la reafirmaba todo el tiempo**. Yo me encontraba en espacios de mayor **reafirmación de la masculinidad y de violencia**. Yo estaba en pandillas en las calles y **nos pegábamos** con otra gente de otras pandillas. En esos espacios yo compartía con los hombres y quería tener **reconocimiento a través de esa violencia** (...) Me cansé de tener que **reafirmar aquí estoy yo**. (E16-34 años, entrevista personal, febrero de 2018)

En la adolescencia intentas **hacerte el machote, el hombre**. Por ejemplo, con **la bebida**, si **aguantabas mucho bebiendo**, se decía que **eras más hombre**. Con el deporte también, se **competía** por quien era **más hábil, más fuerte**. (E17-27 años, entrevista personal, febrero de 2018)

En esa época **todo suma: si fumas, si follas, si los porros**. Sí me sentí **bastante seguro** en mi adolescencia. (E4-26 años, entrevista personal, enero de 2018)

Empecé a **fumar** también porque **necesitaba aceptación social**. Es decir, yo sentía que **la gente esperaba algo de mí** y creo que **todavía arrastro algo de eso**. **Debía destacar de alguna manera**. **No podía ser menos**. Y eso a larga me ha hecho **mucho daño** y se me han puesto de manifiesto muchos de esos pensamientos. **Yo no quería encajar, yo quería destacar**. (E5-34 años, entrevista personal, enero de 2018)

Cuerpo

Se presentan como marcadores de paso de niño a varón adulto la aparición de vello corporal, el crecimiento/erección del pene, el ensanchamiento del cuerpo, un mayor espacio abarcado por la postura y el agravamiento de la voz. Como ya apuntaba Stenner (2017), los humanos experimentamos liminalidad cuando las formas de proceso (socio-psico-orgánico-físicas) —que normalmente sustenta, permiten y componen nuestras vidas— por alguna razón quedan trastornadas, interrumpidas, transformadas o en suspensión. En nuestro caso, los marcadores biológicos que se inician en la etapa de la pubertad quedarían representados por cambios a nivel anatómico los cuáles conllevan cambios a nivel físico, a nivel psicológico y también tienen consecuencias a nivel social en términos de las representaciones públicas y las comparaciones que se suscitan con los otros: “más hombre pues mejor: me crecía la barba, me cambiaba la voz a más grave”, de aparentar a nivel físico cuando a nivel orgánico no se produce

cambio: “Subía el pecho (risas) aparentaba que era más fuerte. Yo creo que eso me debía dar seguridad para reafirmarme en eso. Mi actitud corporal cambiaba e incluso hablaba más grave” o percepción de marginación y exclusión del grupo cuando estos marcadores orgánico-físicos de la masculinidad no se presentaron: “Me acomplejaban; me sentí inseguro; iba quedando un poco atrás. Me afectaba negativamente. Me insegurizaba, me culpabiliza. Me afectaba la autoestima, te mortifica”.

Subía el pecho (risas) aparentaba que era más fuerte. Yo creo que eso me debía dar **seguridad para reafirmarme** en eso. **Mi actitud corporal cambiaba** e incluso **hablaba más grave.** (E17-27 años, entrevista personal, febrero de 2018)

Los que tenían **más pelo competían** un poco con los que tenían menos pelo, pero yo decía bueno, al menos **me creció el pene.** (E1-27 años, entrevista personal, enero de 2018)

El cuerpo me cambió más tarde. Me acomplejaban un poco las costillas, luego si te veías el **pene erecto y se inclinaba** hacia un lado también te hacía **sentir inseguro** porque ves que **los demás** lo tienen recto. (E6-42 años, entrevista personal, enero de 2018)

Recuerdo cuando **te empieza a crecer todo, te salen pelos.** Yo me di cuenta que a la mayoría de **mis amigos** crecía y yo **tuve un crecimiento tardío.** Eso me hacía ver como que yo iba quedando un poco atrás. **Me afectaba negativamente. Me insegurizaba, me culpabiliza. Me afectaba la autoestima.** El hecho de no poder desarrollarte al mismo nivel que tus otros compañeros también **te mortifica.** (E2-32 años, entrevista personal, enero de 2018)

Cuando iba creciendo, al vivir en esta tradición familiar, pues cuando yo podía **demostrar a mi padre** que era **más hombre pues mejor: me crecía la barba, me cambiaba la voz a más grave.** (E15-25 años, entrevista personal, febrero de 2018)

George H. Mead (1932/1980) nos habla que cuando la fase de ajuste esté completada y el nuevo sistema se establezca con el evento emergente, entonces no sería coherente seguirnos refiriendo a este fenómeno como “*sociality*”, o como un fenómeno liminal. Lo que observamos en este trabajo es que la adolescencia es una fase de ajuste con un inicio y un fin marcada por características orgánicas y físicas en el cual se acaba estableciendo un nuevo orden, que sería la adultez. A partir de este análisis, se desprende que no sólo son los marcadores sociales y psicológicos los que deben estar presentes de forma recurrente en la vida de los varones con mayor fuerza desde la adolescencia —e incluso desde antes— para demostrar que han alcanzado esta masculinidad, sino que los orgánicos-físicos deben presentarse en la esfera pública igualmente a lo largo de

toda la vida, y en el caso de no haberse desarrollado de manera orgánica, simularlos a través de lo físico, ocupando mayor espacio con la postura, agravando la voz o realizando ejercicios de musculación. Lo que no se tiene ha de ser simulado, y aquí es donde aparece el culto al cuerpo como técnica indirecta la cual permite obtener un control remoto sobre la propia identidad (Gil Calvo, 2006, p. 31).

En palabras de Elisabeth Badinter (1992), el hombre, para alcanzar su masculinidad, tiene que convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual. Los marcadores que demuestran estar en posesión de la masculinidad marcan el inicio y final de la etapa adolescente y, aunque cobran mayor fuerza en la adolescencia, no terminarían con esta. De este modo, el joven varón procura desde la etapa adolescente demostrar en el espacio público que es “un hombre”, cuyo título de hombre completo o verdadero nunca se obtiene. Se desgasta por un objetivo inalcanzable y permanece en un estado de liminalidad permanente según Szokolczai (2000) y de *Sociality* (Mead, 1932/1980), siendo “hombre y no hombre” al mismo tiempo. Ponemos entre comillas el concepto hombre para evidenciar que cuestionamos esta categoría, ya que responde a una parcialización de la identidad masculina, ya que no podemos dar cuenta con claridad acerca de aquello que define ser hombre o no. Nos parece que el concepto hombre sigue siendo un constructo nominativo lleno de cargas simbólicas, sociales y políticas que no explica totalmente lo masculino, entendiendo que la genitalidad es sólo una dimensión de la identidad.

CONCLUSIONES

De este trabajo se desprenden varias consideraciones. En primer lugar, sostenemos que la adolescencia se constituye como un proceso liminal entre dos estados, la niñez y la adultez y, por otro lado, que la masculinidad como construcción social y, por ende, concepto relacional, es vivida como una experiencia liminal que influye y disemina sus mandatos patriarcales en la etapa adolescente, subvierte el proceso de transición de la niñez a la adultez y hace emerger un proceso liminal permanente que trasciende el proceso no sólo de niño a adulto, sino de niño a varón, hacia un evento sostenido en el tiempo en el cual se es simultáneamente “hombre y no hombre”. Asimismo, del análisis de resultados, hemos comprendido que los marcadores que denotan el inicio de la etapa adolescente son indisociables de aquellos que marcan el inicio del proceso de cambio de niño a hombre, y es por ello que se hace imprescindible comprender este proceso en clave de género, dado que todos estos marcadores corresponden a características definidoras o deseables para la masculinidad

tradicional. Los marcadores del proceso de transición que hemos observado están compuestos por toda una serie de demostraciones de masculinidad –a modo de ritos de elevación de estatus– que se exponen en la esfera pública como un mecanismo de obtención de aceptación, para agradar y obtener la apreciada estima/respeto del grupo de pares, quienes actúan como certificadores de la masculinidad.

Aunque en un principio pudiera parecer que los marcadores orgánicos-físicos, al referirse a marcadores biológicos, se inician con la pubertad y termina con la etapa adolescente, desde nuestros análisis comprendemos que sus efectos a nivel psico-social se prolongan a lo largo del tiempo y las demostraciones de masculinidad son constantes no sólo con el resto de marcadores sociales-psicológicos sino con los orgánicos-físicos igualmente. De hecho, existen muchos ejemplos de varones en etapa adulta que, al no cumplir con los estándares normativos que rigen lo corporal, siguen siendo percibidos como niños y no son reconocidos como adultos ni por sus pares ni por las mujeres, lo cual nuevamente pone en jaque su masculinidad y conlleva una serie de padeceres y malestares a nivel psicológico, por ejemplo, en merma de su autoestima y valoración personal. Durante este proceso liminal, el varón siendo adolescente, experimenta ambigüedad, conflicto y variabilidad de emociones, aunque en su amplia mayoría y dado el carácter eminentemente restrictivo de la liminalidad permanente, los participantes de este estudio remiten emociones como malestar, frustración, dolor, inseguridad y problemas de autoestima. Cabe recordar que los varones participantes del estudio hacen referencia a una narrativa pasada traída al presente desde la óptica de un varón que ha iniciado un proceso de (auto) cuestionamiento de la masculinidad, y que por tanto, podríamos interpretar que el remitir a los aspectos restrictivos de la etapa adolescente tenga que ver con una narración pasada teñida por la mirada de un presente desde el cual se tienen más recursos psicológicos para comprender otros episodios de su biografía y producto de la sensibilización de género que cada uno de ellos ha tenido.

De este modo, y a partir de las consideraciones extraídas de este trabajo, no podemos considerar la experiencia del fenómeno de la masculinidad en la etapa adolescente como un evento en el cual se desarrolle un proceso de *liminal hotspot* per se, pero sí de liminalidad permanente: Aunque al referirnos a la masculinidad no pareciera estarse aludiendo a un fenómeno material, del análisis se desprende la existencia de una compleja red de marcadores observables de la masculinidad que se presentan en el espacio público con la intención de que sean validados y, de este modo, los efectos derivados de este modelo no vendrían tanto por tratarse de un evento no observable o de características in-

determinadas, sino de un fenómeno que el varón tiene constantemente presente, que conoce cuales son las características que lo definen y, a pesar de realizar un ejercicio incesante por reproducirlas, nunca se le retribuye el título de “hombre” como tal. A partir de estas ideas, suponemos que la construcción de la masculinidad sería un fenómeno de liminalidad permanente.

Por finalizar y considerando que no podemos separar el fenómeno de la liminalidad de la subjetividad y experiencia individual, ni tampoco del contexto en el cual tiene lugar, podemos hipotetizar para trabajos posteriores que aquellos varones, como los participantes de este estudio –que han iniciado un proceso de (auto)cuestionamiento sobre su masculinidad, permitiéndoles repensar y reconocer las paradojas, ambigüedades y consecuencias asociadas al modelo de masculinidad tradicional que marcó su adolescencia– podrían ser capaces de asumir conscientemente esta paradoja y reflexionar en torno a cómo la socialización de género inevitablemente produce que los varones estén supeditados a unos mandatos patriarcales que les sitúan en un constructo binario “hombre y no hombre” indeterminado y se inicie un proceso de *liminal hotspot* duradero, ambiguo y posiblemente incómodo para la psiquis masculina. Lo interesante será poder pesquisar en aquellas estrategias, personales y colectivas, que permiten poder potenciar un patrón de cambio en ellos hacia nuevos modelos emergentes identitarios –que pudieran ser disidentes con el modelo tradicional– en el cual los varones podrían contar con más recursos y capacidades tanto intelectuales como socioafectivas para resolver esta paradoja. En especial, lo importante que resulta lo colectivo en este análisis personal. Si es que existe la deconstrucción, no es posible que se haga en solitario y mucho menos no reconociendo la historia desde donde venimos.

REFERENCIAS

- Azpiazu, Jokin (2017). *Masculinidades y Feminismo*. Virus
- Badinter, Elisabeth (1992). *XY: De l'identité masculine*. Odile Jacob.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La domination masculine*. Éditions du Seuil.
- Bonino, Luis (1998). Deconstruyendo la ‘normalidad’ masculina, apuntes para una psicopatología de género masculino. *Actualidad Psicológica*.
- Brod, Harry & Kaufman, Michael (Eds.) (1994). *Theorizing masculinities* (Vol. 5). Sage.
- Cacace, Marina (2006). *Mujeres jóvenes y feminismo. Valores, cultura y comportamientos frente a frente*. Narcea.
- Connell, Raewyn (1995). *Masculinities*. University of California Press.
- De Beauvoir, Simone (1949). *El segundo sexo*. Siglo Veinte.

- Espada, José M. (2004). *Poder, masculinidad y virilidad*.
http://www.berdingune.euskadi.eus/contenidos/informacion/material/eu_gizonduz/adjuntos/podermasculinidadyvirilidad.pdf
- Gil Calvo, Enrique (2006). *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Anagrama.
- Guasch, Óscar (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. Bellatera.
- Goffman, Erving (1961). *Asylums: Essays on the social situation of mental patients and other inmates*. Penguin Press.
- Greco, Monica & Stenner, Paul (2017). From paradox to pattern shift: Conceptualizing liminal hotspots and their affective dynamics. *Theory & Psychology*, 27, 147-166.
<https://doi.org/10.1177/0959354317693120>
- Izquierdo, María Jesús (2007, septiembre). Lo que cuesta ser hombre: costes y beneficios de la masculinidad, En: *Actas del Congreso Internacional Sare 2007 Masculinidad y vida cotidiana*. Vitoria-Gasteiz, España.
- Kimmel, Michael (1994). *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina en Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity*. Sage Publications.
- Kofoed, Jette & Stenner, Paul (2017). Suspended liminality: Vacillating affects in cyberbullying/research. *Theory & Psychology*, 27(2), 167-182.
<https://doi.org/10.1177/0959354317690455>
- López-Sáez, Miguel Ángel; García-Dauder, Dau & Montero, Ignacio (2019). El sexismo como constructo en psicología: una revisión de teorías e instrumentos. *Quaderns de Psicologia*, 21(3), e1523. <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1523>
- Moya, Miguel (2004). Actitudes sexistas y nuevas formas de sexismo. En Ester Barberá & Isabel Martínez-Benlloch (Eds.), *Psicología y género* (pp. 271-294). Pearson Educación.
- Mead, George H. (1932/1980). *The philosophy of the present*. University of Chicago Press, Springer.
- Nissen, Morten & Solgaard Sørensen, Kathrine (2017). The emergence of motives in liminal hotspots. *Theory & Psychology*, 27, 249-269.
<https://doi.org/10.1177/0959354317698251>
- Perry, Grayson (2017). *The Descent of Man*. Penguin Books.
- Stenner, Paul (2017). *Liminality and experience: A transdisciplinary approach to the psychosocial*. Palgrave. <https://doi.org/10.1057/978-1-137-27211-9>
- Stenner, Paul, Greco, Monica, & Motzkau, Johanna F. (2017). Introduction to the special issue on liminal hotspots. *Theory & Psychology*, 27, 141-146.
<https://doi.org/10.1177/0959354316687867>
- Szokolczai, Árpád (2000). *Reflexive historical sociology*. Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9780203193617>
- Szokolczai, Árpád (2009). Liminality and experience: Structuring transitory situations and transformative events. *International Political Anthropology*, 2(1), 141-172.

- Szokolczai, Árpád (2017). Permanent (trickster) liminality: The reasons of the heart and of the mind. *Theory & Psychology*, 27(2), 231-248.
<https://doi.org/10.1177/0959354317694095>
- Thomassen, Bjørn (2012). Notes towards an anthropology of political revolutions. *Comparative Studies in Society and History*, 54(3), 679-706.
<https://doi.org/10.1017/s0010417512000278>
- Turner, Víctor (1969). *The forest of symbols: Aspects of Ndembu ritual*. Cornell University Press.
- Turner, Víctor (1988). *The anthropology of performance*. PAJ Publications.
- Uribe, Pedro (2018). “Masculinidades alternativas”. *Aproximación biográfica-narrativa para comprender la construcción de una masculinidad alternativa al modelo hegemónico y la promoción de valores igualitarios en varones*. Trabajo final de Máster sin publicar. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Van Gennep, Arnold (1909/1961). *The rites of passage*. University of Chicago Press.



ALEJANDRO SÁNCHEZ-SICILIA

Doctor en Psicología Social por la Universitat Autònoma de Barcelona. Activista en el movimiento de hombres por la igualdad de género (Associació Homes Igualitaris). Actualmente, compagina su carrera investigadora con su trabajo — mayoritariamente en el ámbito penitenciario— como formador y terapeuta en masculinidades, género, sexualidades y violencias.

alejandrosiciliahi@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-5510-884X>

PEDRO URIBE RONCALLO

Presidente y director ejecutivo de Ilusión Viril. Psicólogo de la Universidad Alberto Hurtado. Máster en educación de valores y ciudadanía de la Universidad de Barcelona. Terapeuta y especialista en género y sexualidad, técnico en prevención de violencias de género e investigador y facilitador de talleres sobre masculinidades, género y sexualidad.

pedromigueluribe@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-4095-9035>

AGRADECIMIENTOS

A Homes Igualitaris de Catalunya. A los hombres que se acercan a Ilusión Viril. To Paul Stenner, thank you for your teachings and helping me guide this work when it was just a draft in May 2019.

FORMATO DE CITACIÓN

Sánchez-Sicilia, Alejandro & Uribe Roncallo, Pedro (2021). La masculinidad en el proceso de niño a adulto como experiencia liminal permanente. *Quaderns de Psicologia*, 23(2), e1634. <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1634>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 25-04-2020

1ª revisión: 11-05-2021

Aceptado: 08-07-2021

Publicado: 31-08-2021